

SUEÑO

4º PREMIO, ESO

Hace frío en la calle y me dirijo con paso rápido por las calles de Madrid hacia el museo del Prado. Son casi las 10 y el museo lleva ya rato abierto pero quiero llegar antes que los visitantes que pueblan sus salas los domingos. Pago mi entrada y entro en el museo mientras me quito la bufanda. Veo anunciada una exposición de Rubens pero, aunque me atrae, no es ese mi destino de hoy, sino la sala 27. Allí está expuesta una de mis obras favoritas: La rendición de Breda de Diego Velázquez. Me descubro sonriendo al pensar en el placer de volver a contemplar esa grandiosa obra de uno de mis períodos favoritos de la historia: el siglo XVII español.

La sala está desierta y me quito el abrigo. Con él en la mano me mantengo a distancia del cuadro para, como de costumbre, apreciar bien el sentido general de la obra. Al fondo la ciudad caída tras casi 4 meses de asedio se confunde con el paisaje. Me acerco un poco más a la obra y un piafar de caballo me asusta y hace que tropiece. Siento cómo alguien me sujeta por la capa de arpillera impidiendo que caiga sobre el barro que queda de esa ciudad anegada. Miro mis pies y los veo enfundados en botas de piel sujetas por tiras de cuero que se ciñen a mis tobillos. El forastero me suelta y dirige su mirada hacia los dos nobles que están en el centro del claro. Nassau acaba de rendir la ciudad y con el chambergo en su mano izquierda cede las llaves de la ciudad a Spinola. Intenta hacer una reverencia pero el gran general genovés se lo impide. Ha sido una defensa heroica la de los holandeses, por eso ha permitido salir a toda la guarnición con sus banderas.

Me oculto tras la capucha y me acerco con precaución. Los caballos se mueven inquietos a mi alrededor y parece que el tiempo se ha detenido. Se escuchan las campanas de una cercana abadía; seguramente toquen a tercias.

Spinola recoge las llaves de la mano de Nassau y las eleva al cielo. De pronto surgen vítores del bando español. Ha sido una guerra larga, pero valió la pena. Todo por su rey. Felipe IV. Spinola, con su bastón de mando en una mano y la llave en la otra monta en su corcel y vuelve a mostrar la llave a sus soldados que aún le aclaman.

La guerra. Siempre la guerra. Me siento cansada y me siento a la orilla del camino.

Una suave sacudida me despierta. Alguien me habla al oído y me sobresalto. El guardián del museo me ayuda a levantarme del suelo. Me pregunta si estoy bien. Vuelvo a mirar la obra y siento de nuevo la fascinación de la atmósfera y la luz en el lienzo y hago un gran esfuerzo para girarme y, muy despacio, abandonar el museo.

42

INSTITUCIÓN CULTURAL "EL BROCBENSE" SECRETARÍA
- 4 MAR 2011
Nº 237
Registro ENTRADA